

REVISTA TEOSOFICA

Organo de la Sección Cubana de la Sociedad Teosófica

FUNDADA EN 1905

Director: RAFAEL DE ALBEAR

Administrador: GUILLERMO ORDÓÑEZ

Dirección y Admón.: Oquendo 14, altos. Apartado 365. Habana.

PERMANENTE

La Sociedad Teosófica es responsable solamente de los documentos oficiales insertados en la Revista Teosófica. La Secretaría General es responsable de los artículos no firmados; de los artículos firmados con el nombre o iniciales son responsables sus autores o en su defecto sus traductores. Advertimos a nuestros lectores, para evitar errores y confusiones, siempre desagradables, que la única, legítima y verdadera Sociedad Teosófica, que fué fundada en 1875 por Helena Petrowna Blavatsky y Henry Steel Olcott, tiene su Cuartel General en Adyar. (India Inglesa,) y que esta Sección Cubana que forma parte de ella, tiene sus Oficinas en la Habana, Oquendo 14, altos, no teniendo relación ni conexión con cualquiera otra Sociedad que emplee términos relacionados con la teosofía, o diga que profesa sus doctrinas.

AÑO VI.—No. 6.—15 DE JUNIO DE 1922.—2da. EPOCA



Sección Oficial

A los M. de la S. T. de la Sección Cubana

Durante los 14 años que vengo desempeñando el cargo de Secretario General, gracias a vuestros deseos demostrados cuando fui electo, y reelecto cuatro veces consecutivas, no ha sido necesario que yo os prevenga sino muy contadas veces, contra los ataques de que somos objeto, y especialmente dirigidos contra nuestros Jefes. Y no ha sido necesario, porque en nuestra Sección se ha desarrollado siempre un verdadero sentido de la fraternidad y un profundo sentimiento de amor, gratitud y lealtad hacia quienes han dedicado todas sus energías a sacrificarse por enseñarnos el sendero.

Hoy, deseo hacer algunas manifestaciones, que creo oportunas, porque es conveniente que nuestros hermanos de reciente ingreso obtengan algunos detalles, aunque sean breves, y no se dejen influir por los ataques que se nos dirigen.

Todos los que llevamos algún tiempo en el estudio teosófico, sabemos que, así como existe la Gran Fraternidad Blanca, exis-

ten también los que llamamos los hermanos de la sombra, los que siguen el sendero de la izquierda. No ignoramos que estos seres desgraciados tratan, por todos los medios a su alcance, de impedir el progreso espiritual de la humanidad, y que uno de los procedimientos de que se valen, es el de influir en las mentalidades que, sin estar precisamente dedicadas al mal, son propicias a caer en el error, bien por prejuicios, bien por falta de preparación o energía. A estas mentalidades las inducen a atacarnos, valiéndose de ideas que, a juicio de ellas, parecen buenas y nobles. En ocasiones son ciertos clericales, unos por fanatismo religioso, otros por conveniencia; otras veces, son hermanos nuestros que, ofuscados por ideas o proyectos que reputan buenos, se obstinan en llevarlos a cabo, y al no ser complacidos, se sienten molestos, llegando hasta separarse de la S. T. Entonces, como dice Mad. Blavatsky en "La Clave de la Teosofía" ("Lo que no debe hacer un teosofista") son casos de vanidad ofendida. En general, todos los ataques que se nos dirijen, y que aparentemente tratan de fundar, no son otra cosa que producto de las fuerzas negras, de la que son instrumentos nuestros atacantes (inconscientemente, debemos suponerlo así, por caridad).

Recientemente, han comenzado de nuevo los escritos y libelos calumniosos. En un periódico de la Habana se han publicado artículos contra la Teosofía y la S. T., no destruyendo o argumentando nuestras creencias en forma razonada, lógica y correcta, sino exponiendo una serie de disparates que demuestran que el escritor no sabe una palabra de teosofía, ni tiene tampoco argumentos en contra; extremándose en decir las cosas a su gusto y en ofender a Mad. Blavatsky y a Mrs. Besant. Es la tercera vez que aparecen esos artículos, siempre los mismos, y desde la primera vez, determiné no ocuparme de ellos. Baste decir que una de sus afirmaciones es la de que Mrs. Besant murió millonaria, y esto lo dijo hace más de dos años. Y como esto, que Vds. saben que es absolutamente falso, es todo lo demás.

También en Colombia se ha publicado, en español, el libelo que hace años corre por los E. U. en inglés, atacando a Mrs. Besant, y a Mr. Leadbeater. Con apariencias externas, injurian a nuestros leaders, y dicen que lo hacen principalmente para explicar porque no pertenecen ellos a nuestra S. T., y para establecer que a la que ellos pertenecen es la verdadera fundada por Mad. Blavatsky.

Dejando a un lado todo lo injurioso para nuestros directores (Ellos no necesitan defensa pues "por sus frutos conoceréis el árbol"), es de notar que los que publican ese folleto se creen en el caso de explicar "porque no están con nosotros". En cambio nosotros no necesitamos explicar nada: estamos en la S. T. por nuestra convicción y nuestra voluntad, sencillamente, y no tenemos que dar explicaciones a nadie, ni, para darlas, hemos injuriado nunca a nadie. Pueden verse todas las Revistas de todas las

Secciones de la S. T., pueden verse todos los escritos de nuestros jefes, y nada podrá encontrarse de injurioso ni ofensivo para nadie, ni aun para los que así nos atacan, para quienes no tenemos más que compasión, recordando la frase: "Perdónalos, Padre, que no saben lo que hacen".

En cuanto a la legitimidad de la S. T., de todos es sabido que fué fundada en 1875 por Mad. H. P. Blavatsky y por Mr. H. S. Cleott. Al fundarse, fué electo para el cargo de Presidente Mr. Olcott, y Mad. Blavatsky nunca fué presidente de la S. T. Continuó en ese cargo Mr. Olcott desde 1875 hasta que murió en Febrero de 1907, y entonces fué electa para sucederle, Mrs. Annie Besant, nuestra Presidente actual que ha sido reelecta en 1914 y en 1921, y a la que volveremos a reelegir mientras esté entre nosotros. Se vé, pues, que la S. T. fundada en New York el 17 de Noviembre de 1875 por Mad. Blavatsky y el Coronel Olcott, es la que, sin solución de continuidad, ha sido presidida por éste hasta 1907, que murió, y continuando Mrs. Besant, que legítimamente ocupa el cargo.

Hechos a vuela pluma las observaciones y datos que preceden, deseo recomendar a mis hermanos que no se dejen influenciar por las fuerzas negras, que no permitan que sus mentes ni sus corazones se manchen ni distraigan dando importancia a los ataques que se nos dirigen, que no hagan caso, en resumen, de nada de eso. Continuemos nuestro trabajo, sigamos el sendero sin perder el tiempo y la energía, cultivando la fraternidad hacia todos, incluso hacia nuestros enemigos, pues al odio debemos contestar con el amor, y afirmando cada vez más nuestro amor, lealtad y gratitud hacia nuestros Jefes, conservándonos así en la escala de la Jerarquía.

Rafael de Albear,
Secretario General.

NUEVAS LOGIAS

Dos nuevos núcleos de entusiastas hermanos han venido a compartir nuestras tareas en esta Sección. En 25 de Abril último se concedió Carta Constitutiva para la nueva Logia "GIORDANO BRUNO", constituida en Agua de Dios, República de Colombia, siendo sus Presidente y Secretario los Sres. Felipe A. Camacho y José R. Puerto Córdoba. También, en 23 de Mayo pasado, se expidió la Carta Constitutiva para la nueva Logia "DARLU" fundada en Granada, República de Nicaragua, presidida por el Sr. Enrique Traña, y siendo su Secretario el señor Juan M. López Morales.

A ambas lógicas enviamos nuestra felicitación, y sinceros votos de progreso colectivo e individual, para su mayor éxito en sus labores en bien de la humanidad.

LA LIGA DE LA LEALTAD

El movimiento de vuelta hacia los fundadores.

Recientemente se ha establecido una llamada Liga de Lealtad en Sydney, Australia, con el objeto declarado de ser leal a los fines establecidos de la Sociedad Teosófica, etc. El cándidamente redactado periódico que la Liga presenta, contiene un mensaje diluído, aunque respetable dada la evidente sinceridad y moderación de sus declaraciones. Es verosímil que se hayan elevado voces en distintos países, que se esfuercen en oponerse a toda interpretación, y en prevenir todo cisma real como la Sociedad ha pa-decido antes.

¿Existe la Sociedad con la finalidad de sus "objetos"? ¿Sus principios son una parte esencial de su existencia? ¿O existe la Sociedad por otras razones?

Evidentemente, la Sociedad debe su existencia al deseo de Mme. Blawatsky de establecer una organización que pusiese de manifiesto ante el mundo, durante las edades venideras, las verdades de la Teosofía en cuanto el mundo está preparado para ellas. La Sociedad puede modificar o alterar sus objetos legalmente, si lo desea. Los objetos de la Sociedad pertenecen a ésta, no la Sociedad a sus objetos. La Sociedad es la Teosofía encarnada y viviendo en el mundo.

La Sociedad es una organización para investigar, como los "objetos" indican; pero, prácticamente, es también una corporación que ha encontrado algo. Sus miembros en su mayoría tienen como válidas las verdades que nos han expuesto Madame Blawatsky y sus sucesores. Sin embargo, ninguna de aquellas verdades es presentada de un modo oficial o formal como una fase estereotipada de doctrinas adoptadas y que sostengan la Sociedad.

¿Cómo obtuvo Mme. Blawatsky sus verdades? ¿No fué utilizando la visión y la audición, amén de otros sentidos en planos superiores? Hemos de recibir otras verdades en el porvenir; ¿cómo las alcanzaremos? ¿No las obtendremos también de igual modo, por medio de personalidades aún imperfectas y, por lo tanto, sujetas a error? ¿Ha aprendido algo algún teósofo sobre el aspecto invisible de las cosas desde que se formó la Sociedad? ¿Ha obtenido algún teósofo poderes ocultos? ¿O bien estamos donde estábamos hace cuarenta años? Por mí parte estoy convencido,

como lo están miles de teósofos, de que varios de nuestros directores han alcanzado el nivel en que tienen la ayuda directa de grandes Instructores del aspecto oculto de la vida.

Sentando esto, si viene nuevo conocimiento, ¿puede ser utilizado o debe ser puesto bajo llave, por la razón de que la Sociedad no lo acepta? En otros términos; ¿tenemos confianza en la Sociedad como corporación que funciona con dirección y cabeza, válida, legítima y aceptable, o es ella demasiado débil y demasiado vagamente conducida, para convertirse en un lazo de unión digno y moldear nuestras comunes labores idealistas?

Supongo que debe haber varias ideas relativas a la significación de nuestra Sociedad. Unos deben opinar que es una asociación interesante de seres humanos excéntricos que se dedican a chapotear de un modo negligente y con ciertas garantías, en cosas raras o peligrosas; otros piensan que es una organización para fomentar el vegetarianismo, la vida dulce y la existencia inofensiva, o que se ha formado con objeto de hacer posible a los miembros el escapar de las responsabilidades impuestas por las religiones, a cambio de la aceptación de principios de un tipo más elevado, etc., etc. Para mí, es una organización, al rojo blanco en su corazón y que se enfría a un rojo obscuro o un azul frío en la periferia, para transmitir la voluntad y el designio divinos por el mundo como una llama pulsátil de luz durante todas las edades venideras. A medida que vive, debe obrar, o morirá; de modo que debe exponer nuevas fases de la verdad al mundo, como lo hicieron los Avatares, como lo hizo Jámblico, como lo hicieron Platón, los Rosacruces y muchos otros. En adelante la Sociedad se cristalizará y se hará estéril si no elige a sus iniciados para estar a su frente, en lugar de rechazarlos y de rehusar el ponerlos en el puesto que su mensaje pueda ser mejor comunicado al mundo. Si ella no hace esto, la Jerarquía encontrará otros conductos de expresión fuera de la sociedad, en la cual la vida intensa será substituída por lánguida apatía.

Además, ha de haber muchas, muchas nuevas direcciones dadas al mundo a través de las edades, para la expresión de su vida. ¿Queréis que la Sociedad dé estas posibilidades al mundo, o nacerán ellas en otras corporaciones? Por mi parte, yo no soy miembro de la Iglesia Católica Liberal, pero considero que es una cosa maravillosa que exista y que haya brotado del seno de nuestra propia sociedad.

En la sala de nuestra Rama, admitimos que se reuna una secta de cuáqueros en las horas en que no la necesitamos; y no encontramos la mejor cosa que decir en contra cuando termina su reunión. ¿Yo desearía tener muchas salas, para que pudieran reunirse budhistas, si los encontrásemos, o mahometanos, o... católicos liberales! Ningún daño puede venirnos de que compartamos una casa con una corporación religiosa. ¿Qué diferencia hay entre tolerar a un teósofo shintoísta que haga algo inconveniente, y tolerar a un teósofo católico liberal pobre de espíritu? ¿No po-

demos comprender que cada uno cometa sus errores? ¿Es imaginable que la pequeña Iglesia Católica Liberal vaya a devorarnos?

Siempre habrá quienes critiquen a los directores de nuestra Sociedad Teosófica. Madame Blawtsky y el Coronel Olcott fueron bien sacudidos mientras vivieron, y no faltaban quienes se decían interiormente cuando fallecieron, que "estaban bien muertos". Pero la mayoría de la Sociedad de hoy, trata de sostener a nuestros actuales directores. Si ellos cometen algunos errores, se esforzarán en aprender las lecciones que lleva consigo la experiencia, y nosotros podemos aprender con ellos.

Está muy bien tener una Liga de Lealtad, si sentís que vuestra lealtad necesita algún apoyo para sostenerse. Pero la verdadera tarea no está en la Sociedad, está fuera. Radica en el mundo hambriento, en los hombres, mujeres y niños que no tienen vestidos ni abrigo, ni gobierno sencillo y ordenado; y a su lado el conocimiento de que realmente hay Hermanos Mayores, que son Mensajeros de Dios y Limosneros de su Gracia, y que de continuo construyen Su templo, haciéndolo cada vez más elevado, más bello y más protector.

Hay personas de dos tipos extremos en temperamento y convicción en la Sociedad. Ambos tienen su lugar, y cada uno debe respetar y tolerar al otro. Hay un tipo que ha buscado y encontrado la paz en el corazón con la convicción plena de que ha sido resuelto el problema más profundo de todos: el de cuál es y dónde está la vía que conduce a Dios y cuál es su relación con los Guías que señalan el camino. Estas personas saben que su Redentor vive; han encontrado el borde de Su vestidura y pueden seguirle, asidos a él.

Hay otro tipo de personas que se pasan la vida discutiendo sobre las primordiales verdades que deben aceptar: la duración interrumpida de la existencia, el mecanismo y la lógica de la continuidad de la conciencia, los modos de dirigir sabiamente nuestra vida personal. Estos no están preparados para decir a los poderosos Iniciados que dirigen nuestra Sociedad, protegiendo siempre a sus hermanos más jóvenes de unas convicciones demasiado claras de sus poderes: "Muéstrame íntimamente, de cerca, exactamente, ese camino curioso que termina en Sus pies y de nuevo comienza en ellos". Dicha persona tienen que esperar su día, que lleguen encarnaciones en que se les aclaren las cosas.

Nosotros no criticamos a ningún grupo, pero llamamos la atención sobre su existencia, para que los M. S. T. se sitúen como les plazca. Reconocer que la S. T. es un poderoso y dinámico Espíritu, que renueva de continuo su juventud, es aceptar el hecho de que sus directores siguen una ininterrumpida herencia, en la sucesión de la autoridad interna. Ellos, al quedar aparte de los cargos, como hizo Mme. Blawtsky, dejan su autoridad a jefes indicados para llevar a cabo la labor bajo el poder original que fué causa de que la organización naciese. Reconocer esto es encontrar

un nuevo motivo de respeto hacia los Directores del movimiento, y una nueva tolerancia para sus acciones. Es reconocer que no es necesario dar vida a un movimiento que pretenda volver a las enseñanzas de H. P. B. Nuestros actuales Guías bastan para la hora presente. El verdadero objeto de la S. T., a mi juicio, es la presentación de la Teosofía al mundo por medio de nuestro propio sér y nuestra propia palabra. Cada generación de M. S. T. tiene en la vida de la Sociedad su propia expresión, lo mismo que cada acto de una representación teatral tiene su propio significado individual.

Una sola opinión no puede disipar el ligero desasosiego de este momento en la S. T. Lo que se presenta aquí es sólo un criterio que puede serles útil a algunos. Pero es seguramente verdad que nada puede ganarse con aherrojar la S. T. a cualesquiera restringidos "objetos"; de igual modo que no puede conseguirse ventaja con invocar la inmediata dirección de aquellos que ya no sirven ahora en el mundo externo.

Weller Van Hook.

(Traducido de *The Theosophist* de marzo 1922).

EL SENDERO DE LA LEY

EL BUDDHA

179.—Aquel cuya victoria no puede convertirse en una derrota, aquel que nadie ha vencido en este mundo, el Buddha, de dominio infinito, que no sigue ninguna vía, ¿en qué vía lo colocáis?

180.—Aquel que no es arrastrado por los deseos, ese Buddha de dominio infinito, que no sigue ninguna vía ¿en qué vía lo colocáis?

181.—Aquellos que sumergidos en la meditación, se complacen en la calma de la inacción, esos sabios llegados a la Ciencia Perfecta, los mismos dioses los envidian.

182.—No sin pena se viene al mundo. No sin pena viven los mortales. No sin pena se oye predicar la buena Ley, no sin pena se producen los Buddhas.

183.—Abstenerse del mal, hacer el bien y purificar el pensamiento, tales son los mandamientos de los Buddhas.

El lugar del hombre en la Naturaleza

Conferencia pronunciada en París, en el primer Congreso Teosófico Mundial, el 26 de Julio de 1921.

Entre las verdades por largo tiempo tenidas en la sombra y que la teosofía moderna ha venido a poner en plena luz, no creo haya ninguna más grandiosa y más fecunda que la idea de un plano divino de la evolución creadora, para cumplir el cual deberá cooperar un día la humanidad en pleno. Considerad cuánta luz refleja esta idea sobre el problema del destino, mirad cuánto nos puede levantar por encima de la concepción generalmente empeorada de las religiones, las cuales nos representan la tierra como una especie de cárcel a la cual el hombre había condenado en virtud de una culpa original, o porque su ceguera del deseo de los sentidos lo entretiene continuamente. No, la tierra no es una cárcel; es un campo de instrucción y de trabajo. No, la tierra no es un valle de pruebas, al final del cual es el lugar al cual se nos envía para cumplir la voluntad divina.

Pero esta cuestión debe ser examinada bajo todos sus aspectos, como hace la doctrina teosófica; y cuando se habla de la evolución busquemos exactamente el sentido de esta palabra. ¿Se trata solamente de la evolución humana, y el deber del hombre se reduce exclusivamente al conocimiento de sí mismo, siguiendo el plan de la evolución creadora? Seguramente si nos limitamos a las condiciones actuales, al estado en el cual se encuentra hoy la humanidad, podemos decir que por el momento su principal deber, y acaso también su exclusivo deber, es el conocimiento de sí mismo conforme al plan divino. En efecto la humanidad está casi en el estado de infancia; y cuando un muchacho está en la escuela o es aprendiz de algún oficio, no se le pide más que trabaje para su propio progreso. ¿Pero trabaja solamente para su progreso personal? Seguramente que no; si se le da educación al muchacho, es para que más tarde beneficie de ella a la Sociedad, y si se da instrucción profesional al aprendiz es para que llegue a ser un buen artesano en beneficio de la Sociedad.

De la misma manera las condiciones de prueba en las cuales hoy estamos colocados, tienen por fin hacer de nosotros otros tantos artifices de la obra creadora.

Numerosas son las alusiones hechas en este sentido en nuestras obras teosóficas; citaré esta frase típica de la Doctrina Secreta: La humanidad es hija del destino cíclico y ninguna de sus

entidades puede escapar a su misión ni descargarse del fardo de su cooperación en la obra de la naturaleza.

Dos son las razones principales que hacen de esta cooperación una necesidad absoluta. La primera consiste en que ninguna evolución puede ser considerada independiente de las demás; ninguna línea evolutiva es verdaderamente unilateral; cada ser depende sobre todo de la evolución de los que le han precedido. Así sabréis, cuantos hayáis estudiado la Doctrina Secreta y la Genealogía del Hombre, que el ser humano, tal cual es hoy, debe lo que es a la intervención de seres que en evoluciones precedentes habían alcanzado y trascendido el nivel humano. Lo que la humanidad ha recibido de sus predecesores, tiene el deber de transmitir a los que le sigan. Evidentemente se dirá que esto será para la humanidad obra de ulteriores ciclos evolutivos, de ciclos de la Cadena próxima; sin embargo yo pienso, y diré el por qué, que esta obra debe empezar a ejercitarse por parte de la humanidad sobre los reinos inferiores y particularmente sobre el reino animal.

La segunda razón por la cual esta cooperación es necesaria, es que actualmente en el punto al cual hemos llegado, entre los representantes de los cuatro reinos que existen en la tierra solo la humanidad posee la vida creadora en estado activo. La vida como sabéis existe en todas partes pero solo latente en los tres reinos inferiores, y por esta razón necesitan estos reinos de la cooperación de la humanidad para continuar su desarrollo.

Debemos tomar en consideración lo que en la naturaleza teosófica se llama la tercera oleada de vida, como también lo que la Doctrina Secreta llama Fuegos Vitales. La Doctrina Secreta enseña que la sola diferencia entre los seres animados y los objetos inanimados, que se encuentran en la tierra, entre una forma animal y una forma humana, es que en algunos, los varios Fuegos están latentes, y en otros activos. Los Fuegos Vitales existen en todas las cosas y no hay átomo que carezca de ellos, pero en ningún animal están despiertos los tres principios superiores; existen sencillamente en latencia, en estado potencial. Y además dice: En los animales, todos los principios están paralizados y en un estado que se puede comparar al del feto, salvo el segundo (el vital), el tercero (principio astral) y algunos rudimentos del cuarto (kama) que no es más que el deseo, el instinto, cuya intensidad, cuyo desarrollo, cambia según la especie.

Lo de que aquí se trata es de aquel poder de conocimientos de sí mismo, aquel poder creador cuya chispa existe en el alma humana; es el mito de la chispa divina robada por Prometeo a Júpiter. Me permito insistir ahora sobre este punto, de importancia capital para comprender lo que es la humanidad. Estableciendo el lugar que ocupa en la naturaleza, todas las filosofías occidentales han caído hasta hoy en el error de reducir al hombre a la inteligencia, identificando ésta con el alma humana.

Tratándose de poner en evidencia lo que distingue al hombre del animal, triunfó la escuela materialista sosteniendo que si el hombre es manifestamente más inteligente que el animal, no es más que cuestión de grado y no de naturaleza, porque también el animal está dotado de inteligencia en grado más o menos rudimentario. Pero no consiste en esto verdaderamente la diferencia entre el hombre y el animal: consiste en que el animal nada puede hacer en favor de su evolución por la evolución de su conciencia. Este poder de modificarse a sí mismo, este instinto omnipotente que lleva a la humanidad a buscar sin descanso el cambio en el sentido que mejor le indica la conciencia, no existe más que en el humano: es la manifestación de la tercera Ola de vida. El animal debe adaptarse a la suerte que le fijó la naturaleza evolucionista exteriormente, y es deber del hombre no el de adaptarse a la evolución, sino provocarla ya que tiene el poder de hacerlo. Este poder lo anima continuamente y lo aguijonea y causa sus errores, sus dolores, esperando que él mismo sea el instrumento de su definitiva redención. ¿Es esta una revelación de la Doctrina Secreta, una concepción verdaderamente teosófica? De ningún modo; por otra parte a mi parecer, las contradicciones más autorizadas deben ceder ante los hechos. Obsérvase la acción milagrosa que el hombre ejerce sobre el animal admitido en su intimidad: esto es, lo repito, algo milagroso a lo cual no damos importancia sencillamente porque es un hecho común, de todos los días, en el que, como todo lo que vemos continuamente, no ponemos atención sin embargo, en esto consiste la base de la misión futura de la humanidad, de la misión que le hará cumplir hacia los seres inferiores. El animal que vive en el ambiente humano, que está bajo la influencia de la radiación humana, ya no es un animal: participa de las cualidades y de los defectos humanos, se encamina hacia la humanidad y esto sencillamente porque está bajo la radiación extraordinaria, completamente independiente del nivel intelectual del hombre, del cual emana, el ser más primitivo tiene tantas dotes, y muchas veces más, que el miembro de una academia científica.

Artistas enamorados de la belleza, científicos enamorados de la verdad, y vosotros todos contemporáneos nuestros cegados por el resplandor de una civilización completamente superficial, abrid los ojos y mirad lo que esconde este hecho bajo apariencia tan insignificante: el sencillo amor de un perro hacia su dueño. Estudiad la mirada de este animal, que amor se refleja en ella y sobre todo qué profundidad de confianza; y ante esta prueba reconoced que los más hermosos productos del arte y de la ciencia son verdaderamente cosa muy nímia porque es verdaderamente humano lo que hace nacer el amor en el ser; es el signo de la humanidad. Todos conocéis la leyenda (hablando como hablan los profanos) según la cual los santos y los yoguis atraen espontáneamente a su alrededor a los animales; sabéis que los

yoguis ven llegar de las selvas a las fieras que se tienden tranquilamente a sus pies. Si nos remontamos a los tiempos del período órfico, encontramos una leyenda idéntica la de Orfeo que con los dulces sonidos de su lira amansaba a las fieras más feroces de la floresta. Pero la lira de Orfeo era su corazón, el canto amansaba a las fieras y las hacía ir hacia él, era la radiación de amor que exhalaba su alma. Esta radiación de las almas de los santos y de los yoguis doma a las fieras, más que domarlas, las atrae, porque un seguro instinto hace conocer al animal que que él necesita del hombre, que necesita calentarse al fuego del alma humana a menos que el hombre falte (como ha hecho hasta ahora) a su misión divina volviéndose el perseguidor de los animales.

¿Y el vegetal? ¿Acaso el hombre no tiene que hacer nada para despertar la conciencia del reino vegetal?

Es tan profundo el abismo que separa actualmente la evolución humana de la de los vegetales, que se puede contestar negativamente; sería un sueño, una ilusión pensar en ello. Sin embargo, si recordamos que la influencia ejercida por el hombre sobre el animal es independiente de su inteligencia, podemos decir que acaso el abismo entre el hombre y el vegetal no es tan profundo como podía parecernos. Me permito llamar vuestra atención sobre una hipótesis que desde mucho tiempo tengo en mi mente. Me parece que hay una relación muy precisa entre el estado vegetal y el estado actual de la conciencia del hombre. En el vegetal el principio astral apenas alborea; en el hombre el principio búdico empieza apenas a despertarse; y como el vegetal percibe obscuramente los rayos del sol físico sin poderlo ver como nosotros lo vemos, en el mismo modo me parece nosotros percibimos en nuestra alma los rayos del sol espiritual sin ser más conscientes de él que la planta del sol físico. Me parece también que hay una analogía entre el sentimiento oscuro que hace dirigir y orientarse hacia el sol a ciertas flores y el sentimiento del alma mística que la induce dirigirse hacia el sol divino. Esta es la razón de comparar con la flor uno de los grandes seres, a los cuales la sociedad teosófica debe una parte de sus más elevadas enseñanzas. Todos habéis leído el admirable librito Luz en el Sendero y sin duda también El Idilio del Loto Blanco. Muchas veces en Luz en el Sendero parece esta imagen de la flor. Hablando así no pienso solamente en una imagen poética, sino que para mí ésta es la expresión de una verdad:

Crece como crece la flor inconscientemente, pero con el ardoroso deseo de abrirse a la atmósfera...

... Oh, cómo crece la flor sencillamente sobre un estanque silencioso, prepárate a ver abrirse la flor después de la tormenta.

Y en el Idilio del Loto blanco:

La divina flor de Egipto mora en las Sagradas Aguas que en su pureza forman el lugar de su reposo.

Nosotros somos, en verdad, respecto al sol espiritual, lo que es la planta en relación con el sol físico; y en esto existe acaso un vehículo, por medio del cual la radiación humana podrá, en un día lejano, hacer surgir la conciencia que hoy está soñando en el vegetal. Yo no lo dudo, y os daré la razón práctica que me induce a hablaros de estas cosas; os diré lo que yo considero necesidad de la hora presente, y no debemos demorarla. Al contrario, debemos ponernos frente de ella inmediatamente. Es la necesidad de no dejar que se acumule por más tiempo el espantoso karma que agobia la humanidad frente a la naturaleza entera; karma de destrucciones, de sufrimientos, de abominaciones que de día en día se agiganta a causa de la inconciencia humana. Pero no insisto sobre esto. Sé que todos vosotros estáis de corazón con los que trabajan para liberar al alma del odioso yugo que el hombre hace pesar sobre sí mismo. Desgraciadamente hay un dogma diabólico que se ha infiltrado en la Iglesia Cristiana. Lejos de mí la pretensión de decir que toda la Iglesia sea responsable de ello y que todos lo admitan, pero este dogma, o más bien ésta opinión (ya que la palabra dogma acaso sea demasiado fuerte), es que Dios haya creado la naturaleza y todo lo que está sobre la tierra para el servicio exclusivo o para el placer del hombre. En 1914, un canónigo belga formulaba esta blasfemia: que el hombre no comete pecado alguno contra el amor, cualquiera que sea su conducta con el animal; no se trata solamente, dice, de hacer servir al animal para la necesidades humanas, pero si le gusta al hombre la destrucción y el sufrimiento del animal, tiene su completa libertad de hacerlo. Esto es odioso, diabólico: el hombre no tiene derecho frente al animal, sino solamente deberes; tiene los deberes de ser más adelantado en la evolución, y el deber es el de servir a lo que está menos adelantado.

Debemos tener esto presente desde ahora, y he hablado de ello por que un karma desastroso se va acumulando continuamente.

¿Cuáles serán en el porvenir las consecuencias de este karma?

Sencillamente, desde el punto de vista oculto, el hombre, cuando haya reconocido su misión en la naturaleza, y se haya vuelto, consciente de ella, ¿qué encontrará para cumplir su obra? Ruinas y nada más. Y sin embargo no se contruye con ruinas, y él de toda la naturaleza hace un campo de ruinas y un matadero. Por esto debe el hombre cesar en su obra despiadada de destrucción. Pero algunos dicen; Bastante tenemos que hacer ocupándonos de la felicidad humana sin que vengamos obligados a pensar, por lo menos por el momento en los seres no humanos. ¿Creéis que se pueda predicar la bondad de el hombre hacia el hombre cuando se toleran las crueldades del hombre hacia el animal? ¿Puede haber dos clases de bondad? ¿El hombre cruel hacia el animal puede ser bueno con sus semejantes? ¿No es acaso verdad que estos dos términos no se pueden conciliar?

Completando mi pensamiento, debo espresaros mi profunda convicción de que hasta la humanidad no haya aligerado este pesado karma respecto al animal, temo que todo lo que haga en favor de su bienestar, en favor de su salud, será un completo fracaso. Hay el egoísmo individual, pero hay también el egoísmo colectivo: el hombre que no piensa que la humanidad es más que una identidad independiente de él, es un egoísta.

En Luz en el Sendero se encuentra también esta admirable sentencia:

Escucha el canto de la vida: cuando se haya oído y por poco que se comprenda, se reconoce que es un canto de amor, ya que el eco que despierta en nuestra alma es amor, un amor que no conoce límites ni obstáculos, para el cual no existe ninguna distinción entre todo lo que respira y vive sobre la tierra.

Un hombre vivió en nuestro occidente—rara avis—que realizó completamente esta verdad, que la sintió y estaba completamente invadido por ella: San Francisco de Asís. Este hombre es admirable al mismo tiempo que grande, porque en él en este cristiano, el alma órfica vivía e irradiaba a tal punto que podemos preguntarnos si no sería la reencarnación de un discípulo de Orfeo.

Os recordaré algunos pasos de su canto al sol.

San Francisco veía hermanos en todas partes: no solamente en los seres humanos, sino en todos los seres. Todos eran hermano suyos, desde el sol hasta la tierra, pues comprendía que la vida divina era la misma en todo.

Alabado seas mi Señor en unión de tus criaturas, especialmente al señor hermano sol, por el cual das luz y alumbras al mundo. Y él es hermoso con gran resplandor; de tí, Altísimo, toma su vida.

Alabado seas mi Señor por el hermano viento, por el aire, nubes sereno y todo tiempo, por lo cual da sustento a tus criaturas.

Alabado seas mi Señor, por la hermana agua, que es muy útil, humilde, preciosa y casta.

Alabado seas mi Señor, por la hermana nuestra madre tierra, que nos sustenta, gobierna y produce diversos frutos, hermosas flores y hierba.

Sin embargo hay una objeción terrible a esta noción del amor universal que nos irradia por todas partes. Objeción que el racionalista no dejará de hacer. Nos dirá: ¿Dónde véis este amor?

Los hechos lo desmienten. La naturaleza no es más que un campo de matanzas. Los animales se devoran mutuamente y en la naturaleza hay hasta cierto refinamiento de crueldad. Esto es verdad, pero ¿no es verdad también, y acaso más verdad, que nosotros mismos el sentimiento de este amor universal?

¿No será entonces esta la prueba, la sola prueba valedera para nosotros, de que este amor es una realidad? El amor no rei-

na seguramente hoy en las especies inferiores de la naturaleza; la naturaleza manifestada parece que lo ignora pero desde el momento en que nosotros estamos conscientes de él. ¿No será que a nosotros nos incumbe el deber de hacerlo bajar al mundo y difundirlo entre los seres?

He aquí la verdadera obra de la humanidad del porvenir: servir de vehículo para que el amor divino descienda a todas partes para ennoblecer la fórmula de la oración dominical: Venga a nos el tu reina y hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo.

G. Chevrier.

NADIE QUIERE SER MALO.

Nadie quiere ser malo, y esto prueba que el hombre es potencialmente divino.

El bien es permanente y el mal es transitorio.

La causa primera al manifestarse aparece como dual: Espíritu y Materia.

De hecho, la Materia no existe de una manera absoluta. El Espíritu necesita de vehículos para manifestarse y dentro de su Universo crea y elabora estos vehículos en donde habita, apareciendo la dualidad en su aspecto de vida y forma.

En toda forma habita una vida que la rige. Cuando falta la vida la forma se desintegra, porque ella no puede vivir por sí misma.

Así, mientras más evolucionada es la forma más potencial es la vida que la informa.

En nuestro planeta y dentro de nuestra línea evolutiva, el Reino Hominal, esto es, el hombre, es el más evolucionado de todos.

La dualidad como fuerza y materia o como vida y forma, aparece en los tres reinos elementales y en el Mineral, en el Vegetal y en el Animal; pero a la formación del hombre concurre además una nueva emanación espiritual, que proporciona la mente y lo distingue del animal, dándole aspecto trino: Atma-Budhi-Manas, a semejanza de los Tres Logos: El Padre-El Hijo-El Espíritu Santo. Por eso dicen las escrituras que el hombre está hecho a

semejanza de Dios. Se entiende que esta semejanza no es con el cuerpo físico, porque el hombre no es su cuerpo físico, este es uno de sus vehículos; sino con sus aspectos espirituales, que es Dios en el corazón del hombre.

El hombre tiene un cuerpo físico y un cuerpo de deseo o emotivo, en el cual radica la sensación. Hasta aquí es igual a un animal. Pero lo que le distingue del animal es que tiene un cuerpo mental, que tiene un Alma, la cual es el Cuerpo Causal y que tiene un Espíritu.

El hombre, cuando comienza su evolución como un salvaje, predominan en él las pasiones animales, pero según avanza, a través de innumerables encarnaciones, la dirección del Alma se va haciendo sentir, hasta que la lucha queda casi equilibrada, dejándose arrastrar el Alma, a veces, por los vicios y en otras manteniéndose firme en las virtudes. Más adelante la evolución se hace más rápida, a medida que el Espíritu puede obrar de una manera más directa, y así llegará el hombre a la perfección y podrá decir como dijo el Cristo:

Mi Padre y Yo somos Uno.

Es mal todo cuanto conraviene las Leyes Naturales; pero el hombre, en el comienzo de su evolución desconoce estas Leyes y sin discernimiento, cegado por la ignorancia, obra a destajo. Luego, la experiencia, adquirida por el dolor o por el conocimiento, lo va poniendo, encarnación tras encarnación, más en armonía con el Ser Interno que es su Yo.

Como se ha visto, los pares de opuestos, empiezan a presentarse después que el Uno se manifiesta, y, por lo tanto, cesarán en el Uno, porque el Uno no es dual.

El mal, como opuesto al bien, se manifiesta en los planos inferiores del Universo, en donde los seres, por su poca evolución, esto es, por su ignorancia, violan las Leyes, y la Ley de Karma, que es la que regula la evolución universal, restablece la armonía o el equilibrio, donde sea menester, compensando al bueno y al malo en la medida y calidad de sus hechos; "porque lo que sembrares eso recojerás", ni más ni menos. En esa Ley de Justicia descansan los Mundos.

¿Habéis visto al ladrón sorprendido infraganti, palidecer, turbarse y excusarse del hecho? El reconoce el mal que hacía, pero la tentación de poseer era superior al respeto que le inspiraba lo ajeno. El no quiere ser ladrón y el que le echare en cara tal defecto lo recibiría como un insulto intolerable; porque nadie quiere ser malo.

La inmensa mayoría de los hombres creen firmemente que todos sus pensamientos, palabras y obras, se ajustan a la más perfecta corrección, y aunque en realidad sea todo lo contrario, ellos creen que actúan bien y se enorgullecen de su *limpia historia*, ignorando que ven las cosas a través de sus intereses personales, los cuales le impiden discernir con claridad el bien del mal. En la

mayoría de sus errores hay sinceridad y yerran en la creencia de que obrando así obran bien; porque nadie quiere ser malo.

Pocos, en verdad, son los escrupulosos y estos, con toda seguridad, practican la excelsa virtud de la humildad; pero aquellos, que en determinados casos, ajenos a su voluntad, se vieron forzados a ser virtuosos, ¡ah! cómo alardean de su fácil victoria, de su obligada hombría de bien; ellos quieren aparecer como buenos, porque no quieren ser malos.

Cuantos ricos hay que, al final de su carrera, darían la mitad de su fortuna con tal de borrar de las mentes ciertos hechos de su pasado.

Si visitáis una prisión encontraréis que el más desdichado de sus moradores no alardeará de sus vicios, y disculpándose de su pasado o reconociendo sus delitos, os dirá que ansía la libertad para hacer una vida de hombre de bien. Porque él no quiere ser malo.

¿No escucháis a menudo las frases: Yo soy un caballero. Yo soy una persona decente. Yo soy un hombre de honor. Yo soy un hombre honrado. Yo soy todo una señora, pronunciadas por personas de todas las clases sociales? Nadie os dirá que es todo lo contrario, se avergonzarían de tal cosa, porque la conciencia les dice que eso no es bueno. Y ellos, aunque a ciegas, marchan hacia la perfección; porque no quieren ser malos.

Todo ser humano, por malvado o hipócrita que nos parezca, reconoce la superioridad del mejor, y aunque la envidia o el despecho cierre sus labios, del fondo del corazón y de lo más recóndito de la mente, parte, impelente, este reconocimiento, que lo empuja a imitarlo; porque no quiere ser malo.

Relámpagos de intuición alumbran, de vez en cuando, las conciencias más oscuras, que a manera de rayos intermitentes, lo guían hacia el faro, que a través de lóbreguezes y peligros, le indica el puerto de salvación.

Los seres humanos, somos divinidades latentes. Dioses en pequeño.

El mal no existe en los planos superiores; pero en los planos inferiores el Demonio, el Mundo y la Carne obran activamente.

Por el Dios de Amor que vive en nuestros corazones, seamos compasivos con los que caen vencidos por la tentación; porque nadie quiere ser malo.

J. Cruz Bustillo M. S. T.

A LOS PIES DEL MAESTRO, por J. Krishnamurti.

Ponemos en conocimiento de nuestros lectores, que ya está a la venta la nueva edición de este interesante librito; alto exponente de espiritualidad.

Los que deseen adquirir en cantidad dicha obra, pueden dirigirse al Administrador de la Revista, Apartado 365, Habana.

EL PERFUME DEL LOTO

En el lógamo viscoso de las aguas tranquilas, en el lugar corrupto del pantano, en la mansión de las amebas, nace el Loto, en las regiones del Oriente. Y cuentan los viajeros como es de ver la podredumbre del suelo, del que emanan miasmas que infectan la atmósfera, dando una visual sensación de muerte, de inercia...

En esos mismos predios, la brisa agita encajes de esmeralda en los arbustos y hace cimbrear, no obstante, como coágulos de nácar, las marmóreas corolas triunfantes que se yerguen magestuosas como diosas sobre la verde urdimbre de la enmañorada floresta y la pútrida emanación de los pantanos.

Algunos viajeros, con el ojo del observador, han querido ver en el suelo la expresión inerte de la materia, del cuerpo físico, de la forma, de Andrómeda, en tanto que en la flor de blanca corola adivinan al espíritu, a la vida, a Perseo.

II

El día 8 de Mayo, los estudiantes de la Sabiduría Divina rendimos el homenaje de nuestra gratitud imperecedera, al espíritu gigante de aquella mujer admirable que **se apareció** en plena Europa a difundir hermosos ideales de pureza, cuando sus pies no podían sino asentarse en el suelo material, en que las pasiones formaban un pantano como aquellos del Oriente en que el Loto florece y que, no obstante, de su alma blanca y desnuda, como la flor del Loto, emanó el perfume delicioso que aún hoy, a través del tiempo, nos deleita con la exquisitez de su fragancia.

III

He aquí algunos búcaros repletos del perfume que emanó a raudales de aquel Loto:

Haz de alcanzar una fijeza de mente tal, que ninguna brisa, ni aún el viento impetuoso, puedan lanzar en ella un pensamiento terreno. Así purificado, el sagrario debe estar vacío de toda acción, de todo sonido o luz mundanales; así como cae exánime la mariposa en el umbral, sorprendida por el cierzo helado, así también todos los pensamientos terrenos deben caer muertos ante el templo.

Nunca ha sido superado en dulzura de expresión este consejo a los teósofos. El alma humana que de esa manera pueda dar sus pensamientos, vestidos con ese elegante ropaje, no cabe duda que fué un alma absolutamente serena y tranquila, que nos habla del estoicismo de los discípulos de Zenón y de la magestad solemne de los Himálayas...

Ese estoicismo y esa magestad, vibran simbólicamente en el vaivén del Loto, cuando la mano misteriosa lo agita sobre la enmarañada floresta y la pútrida emanación de los pantanos.

La pequeña mariposa, atraída por la deslumbradora luz de tu lámpara de noche, está condenada a perecer en el viscoso aceite. El alma imprudente que deja de luchar aferrada con el demonio burlón de la ilusión, volverá a la tierra como esclava de Mara.

Hay que emanciparse de la Ilusión, hay que desenredarse de las mallas de Maya, por-sí propio. Esa emancipación ha de efectuarse por un vigoroso esfuerzo de la voluntad, ya que nada de cuanto tiene cuerpo puede acudir en auxilio del que bracea en el mar de Maya.

La lucha ha de ser constante, permanente, sin tregua, sin descanso, si no queremos **volver** a la Tierra, esclavizados en la cárcel del Cuaternario Inferior. Nuestra pupila debe mantenerse fija en el blanco Loto que abre su corola en nuestro corazón, tan puro como el que mece Eolo sobre la enmarañada floresta y la pútrida emanación de los pantanos.

Si no puedes tú ser sol, sé el planeta humilde. Si no te es dable resplandecer como el sol de mediodía sobre el monte nevado de la pureza eterna, entonces, ¡oh neófito!, elige una vía más humilde.

El bosque necesita del Loto; pero el bosque no desprecia el cardo. El jardinero sabe que el lirio de blanca delicada y exquisito aroma debe tener por compañero al humilde jacinto y a la no apreciada maravilla. En el monte canta el clarín milagroso su romanza lírica y se queja triste y dolida la tojosa entre las malezas. Cada uno tiene su papel adecuado, oportuno, en el Mundo.

Todos no podemos ser, en esta misma encarnación, H. P. B. o H. S. O., ni A. B. o Ch. W. L.; pero tenemos una función más modesta que desempeñar, con relación a nuestras desarrolladas facultades, y esa función sí es la que debemos tratar de cumplir con un amor tan grande como el que Madame Blavatsky experimentaba por su ideal, con una perseverancia hermana de la de ella.

Todos no podemos ser tan santos como Pablo, tan amorosos como Jesús, tan tiernos como Apolonio, y si es verdad que debemos inflamar de santo amor todos los odres de nuestro corazón, no debemos desesperanzar porque la Ley no nos permita el desenvolvimiento en consonancia con anhelos nuestros que no sabemos

hasta donde su cumplimiento nos beneficiaría. Pero en cambio, mantengamos la tranquila serenidad y la dulce pureza hermana de la que se exhala de entre los pétalos del Loto que mece su corola sobre la enmarañada floresta y la pútrida emanación de los pantanos.

La propia alabanza, discípulo, es a manera de una torre elevada, a la cual ha subido un loco presuntuoso, que permanece allí en orgullosa soledad e inadvertido de todos, excepto de él mismo.

¡Qué manera más admirable de abatir la vanidad! ¡Qué delicadeza en la erección del símil!

La vanidad es el más infantil de los morbos que aún tiene el hombre. La vanidad es inocente, porque en vez de rendir su homenaje al YO, se lo ofrece a la transitoria envoltura de carne. Un vanidoso, siempre, siempre es un ridículo.

Los vanidosos hablan para oírse ellos mismos sin darse cuenta de que los oyen los demás.

La vanidad es el homenaje de reconocimiento que el hombre le ofrece a su bestia. Todos los vanidosos son exagerados; así, la exageración puede ser un peldaño de la vanidad.

Los vanidosos, como los enamorados, cuando creen que nadie les ve, todos les están mirando; cuando creen que todos les ven, nadie se percata de ellos.

La lámpara arde con brillantez cuando la mecha y el aceite son puros. Para purificarlos es menester un purificador. La llama no experimenta el proceso de purificación. "Las ramas de un árbol son sacudidas por el viento; el tronco permanece inmóvil".

El aceite es la mente, la mecha es el corazón. La luz es brillante cuando los pensamientos del hombre son tan puros que reflejan el Altruismo, el Amor, la Nobleza, la Sinceridad.

Para lograr esta grandeza es necesario que el Purificador conozca el alcance de sus funciones. El Yo, la Chispa Divina, la Mónada: he ahí el Purificador... siempre que logre identificarse en su Conciencia Suprema.

Cuando, al conjuro del Amor desprovisto de personalismos, el Ego vibra a tono con el sublime Altruismo que "cae" de las alturas, ejemplarmente, como una bendición, el proceso de purificación tiene lugar en las retortas psíquicas.

El Amor desbasta todos los cuerpos del hombre. La Nobleza bruñe las almas. Pero el Amor no se acrisola de la más pristina pureza, sino cuando se objetiva en la Nada, la que—según genial frase de Annie Besant—es la fuente de toda plenitud. El Amor, para ser divino, tiene que inspirarse en la Divinidad.

Pasa de la luz del sol a la sombra para hacer más sitio a otros. Las lágrimas que riegan el árido suelo de dolores y tristezas, hacen brotar las flores y los frutos de retribución kármica. Del hor-

no de la humana vida y de su negro humo elévanse llamas aladas, llamas puras, que remontándose más y más bajo el ojo kármico, tejen al fin la tela gloriosa de las tres vestiduras del Sendero.

Debemos desempeñar en la vida, con discreta presteza, todas las funciones que nos son coetáneas, y ayudar a todos los que estén cerca de nosotros para que, a su vez, desempeñen las suyas.

Debemos actuar en todos los momentos y en todos los órdenes, con la más absoluta impersonalidad, a fin de no crear lazos kármicos que puedan parecernos nudos en el futuro. Para ello sería lo mejor que nuestra labor tuviera por faro esa santa serenidad de las almas que no pueden ser laceradas por el dolor ni abotargadas por el placer.

Las tres vestiduras iniciáticas se tejen con los hilos del Deber, con los hilos del pensamiento elevado y con los hilos del abstracto ejemplo del Buddha.

HERMANOS: Hasta aquí me he esforzado en dilatar, por decirlo así, algunos puntos de vista sustentados por la ilustre autora de LA VOZ DEL SILENCIO, unas veces, y otras, he intentado "quitar un poco de sal a las aceitunas" de su prosa. Si lo he logrado o no, son ustedes los encargados de conocerlo perfectamente, ya que las ideas no tienen más mérito que el de la virtud que reflejan. Pero permitidme, eso sí, aseverar que mi propósito ha sido tan austero como la pureza que encuentra su símbolo en la corola blanca que orea el Sol, en el Oriente, sobre la enmarañada floresta y la pútrida emanación de los pantanos.

Que dichoso, que feliz pudiera sentirme si, por un momento siquiera, en el pebetero de mi humilde prosa hubiera encerrado, como una perla en una concha, una sutil emanación undívaga del perfume de ese Loto simbólico, bajo cuyas ramas nos cobijamos a rezar la tierna oración que **Ella** nos enseñara.

La Piedad es una apreciableísima virtud en el ser humano; pero cuando esa Piedad, tan solo escrita, logra **herirnos** con sus dardos de estambre, como en H. P. B., entonces hay que reconocer que el alma que de tal manera es capaz de sentir, está fundida en el mismo crisol en que se funden las almas de los mahatmas.

He ahí, como colofón de estas cuartillas, como comprobación de aquella grande piedad, ni broche de oro:

No permitas que el sol ardiente seque una sola lágrima de dolor, antes que tú mismo la hayas enjugado en el ojo del afijido.

Pero deja que las ardientes lágrimas humanas caigan una por una en tu corazón, y que en él permanezcan sin enjugarlas, hasta que se haya desvanecido el dolor que las causara.

José del C. Velasco.

M. S. T.

El misticismo como instrumento de investigación de la verdad.

(POR ROBERTO BRENES MESEN)

(Continuación)

LA INTUICION

Así como el ejercicio de nuestros sentidos inteligentemente dirigido estimula su desenvolvimiento y sutilización hasta permitirles la percepción de vibraciones que antes parecieron inexistentes e inalcanzables, así el entrenamiento de nuestro poder de concentración estimula el desarrollo, no ya solo de nuestras ordinarias capacidades mentales, sino el de otros poderes y sentidos cuyo funcionamiento permite conocer los mundos más sùtiles que podemos considerar como causales respecto del mundo de los fenómenos en que nos movemos.

Una repentina actuación de esos sentidos o de algunos de estos poderes, sin participación de nuestra voluntad consciente, nos dá la intuición; la cual es por lo tanto, súbita percepción en un mundo inmediato superior, o adivinación mental, o visión espiritual. Sólo en este último caso tiene relación con el Misticismo.

La intuición es de diversos grados, como la audición, como la comprensión, como la energía de la voluntad o la diafanidad de la conciencia. Si dándonos cuenta de ello y mediando vuestra voluntad ejercitamos los sentidos sùtiles, no hay intuición sino Psiquismo.

El místico vá más lejos aún: percibe en el mundo de la unidad o de la sabiduría. Por eso en sus palabras se funden las nociones de lo eterno con que se conforman las Ciencias de la Naturaleza y las nociones de lo Espiritual que predominan en las Religiones reveladas. Bacon, por eso, decía que el conocimiento es como las aguas, que algunas vienen de abajo y otras descienden de arriba.

LA EMOCION ES COGNOSCITIVA

Pero el Misticismo no es de carácter esencialmente cognoscitivo, sino emocional. El elemento cognoscitivo del Misticismo le viene del que ya existe fundamentalmente en toda emoción.

Las categorías psicológicas no son puras: no hay actos puros de voluntad, sin participación de la inteligencia ni de la emoción y otro tanto podemos afirmar de esta y de la inteligencia.

Toda emoción lleva implícito un germen de conocimiento; pero cuando ella eleva la conciencia al estado de visión espiritual del místico, el germen se desenvuelve en algo que habremos de llamar conocimiento a falta de una expresión que sirva para explicar, a la vez, el conocimiento y la evidencia de su verdad, ya

que ambas cosas coexisten en la conciencia mística. De ahí las expresiones de inspiración y de revelación para determinar mejor el hecho.

La verdad se ve en ese mundo de la Intuición o del Misticismo directamente como el relámpago en el mundo físico, sin razonamiento consciente que pruebe la certidumbre de cuanto se ve. Ni la intuición ni el Misticismo razonan; sencillamente afirman.

El lenguaje del místico tiene la inocente majestad de los hechos de la Naturaleza. El más elevado testimonio que se invoca es la conciencia directa de los que escuchan o leen. Si se posee la experiencia se asiente por la conformidad interna; si no se tiene, el razonamiento resultará inútil. En el mejor de los casos probaría tan solo la verosimilitud de las aseveraciones del místico.

El Misticismo implica una superior conciencia de sí mismo de carácter profundamente emocional, no cognoscitivo, si bien este elemento no puede faltar. De ahí la imposibilidad de traducir en términos del conocimiento las experiencias del místico. No obstante, si sus poderes cognoscitivos se orientan hacia el Yo trascendental o hacia la Divinidad, el Misticismo es religioso, a diferencia del filosófico o meramente científico, si se les orienta hacia el mundo externo, al conocimiento del NO-yo.

Estos poderes internos entran en función tan pronto como la conciencia ordinaria comienza a actuar en un nivel superior alcanzado, ya por la contemplación o concentración de la mente, ya por el arrobamiento como emoción de amor o devoción. Esa actuación se traduce en la visión intuicional o la visión mística, durante las cuales el yo se trasciende a sí mismo, se siente difundido en sus semejantes y finalmente parece como si permease el Universo, como si formase parte integrante del todo que constituye la esencia de todas las cosas. Se sabe en este instante lo que no se ha sabido nunca. La inmortalidad humana deviene una realidad suprema; se hace evidente el fondo divino de las eternas verdades que han servido de guía a los hombres; las verdades fundamentales de todas las realidades más puras y permanentes. Se es parte de la mente que agita el Universo. Lo cual no significa la pérdida de nuestro yo, sino la exaltación de nuestra conciencia, la toma de posesión de poderes que latentes han estado viviendo en el interior del alma sin que de esto, hasta entonces, ella se hubiese dado cuenta. Aparecen a la presencia del hombre los objetos que antes se escapaban a la conciencia ordinaria. Se es más capaz de percibir lo objetivo en relación con sus verdaderas causas eficientes y finales. La inteligencia se ilumina; se siente y se comprende simultáneamente.

SIMBOLISMO

El conocimiento se completa como fenómeno de conciencia superordinaria; pero su expresión en el lenguaje de la conciencia de todos los días se hace imposible. Por eso el simbolismo es el

lenguaje más natural y por lo tanto, el más sencillo en la inteligencia del místico. Se aprovecha para ello la experiencia universal tomando las ocupaciones humanas o los fenómenos corrientes de la Naturaleza como puntos de apoyo para montar sobre ello un sentido superior con el cual apenas guardan aquellos una ligera analogía.

El simbolismo se genera al calor de una inspiración, la cual es esencialmente de carácter emocional. Nace de la exaltación que los estados emotivos producen en los poderes de la mente, en particular de la aperccepción entre las cosas aparentes más lejanas e incongruentes surge de pronto una íntima relación, una conexión, una analogía no sospechada antes y que ahora se hacen evidentes no ya tan solo a nuestra capacidad de comprensión, sino a la de la expresión, a consecuencia de la rapidez con que traducimos en términos de la conciencia ordinaria esos elementos emocionales o esos vínculos en las cosas lejanas que antes habían vivido sin relación recíproca ante nuestros ojos.

INSPIRACION

La inspiración es, pues, un estado de conciencia exaltada, sensibilizada supernormalmente, funcionando con actitud cognoscitiva con el nuevo material suministrado por esa mayor aperccepción que despiertan las más nobles emociones.

Guarda visible analogía con la revelación y actúa como todo trabajo de supraconciencia. Puede éste realizarse durante nuestras horas de vigilia o durante el sueño. Entre otros habré de citar dos casos bien conocidos, el uno en el mundo de las Letras y el otro en el de la Arqueología.

Después de una interesante lectura el poeta Coleridge durmió profundamente. Soñó que componía un poema llamado Kublai Kan. Cuando despertó recordaba todos los versos. Vestido a medias comenzó a escribirlos y llevaba transcritos ciento cincuenta cuando vino a interrumpírsele con el llamado de una visita. Vuelto más tarde al escritorio no recordó un solo verso más y el poema ha quedado como esa mañana lo dejó: uno de los más bellos fragmentos del poeta inglés.

El asiriólogo Profesor Hilprecht trata de traducir los signos cuneiformes de dos anillos que se supone haber sido sortijas de algún babilonio que viviera entre 1700 a 1400 antes de Cristo. Después de largos días de trabajo estéril sueña una noche que un Sacerdote de Nippur aparece y dice al Profesor: "No son anillos, sino zarcillos. El Rey Kurigalzu una vez envió al templo de Bel un cilindro votivo de ágata. Más tarde recibimos los sacerdotes instrucciones de labrar en ágata un par de pendientes para la estatua del Dios Ninib. Como no hubiese a mano se pensó en el cilindro que fué dividido en tres partes en cada una de las cuales hay tan solo una porción de la inscripción. Júntense los anillos

y se tendrá una prueba de ello". A la mañana siguiente el Profesor reunió los anillos y pudo leer: "Al Dios Ninib, hijo de Bel, su señor, ha ofrendado esto Kuligarzu, Pontífice de Bel".

Por insospechables, a causa de la posibilidad de la prueba, he citado estos dos casos porque si hubiese de seguir a los clásicos griegos y latinos y vidas de santos y de místicos hasta nuestros días, no habría como poner fin a las citas de maravillas semejantes.

EFEECTO DE LA VISION TRASCENDENTE

Una sola experiencia trascendente transforma la visión y comprensión del mundo. Piérdense repentinamente los límites que establecen las diferencias aparentes y superficiales de las cosas y se diluyen lo fenomenal y transitorio como en una luz perfecta, omnipotente e inteligente. Es todo, es entonces bueno, todo bello, todo verdadero, porque en la intensa y nobilísima emoción que invade el ser desaparecen los conceptos limitativos y solo se experimenta la proximidad de la gran presencia que es el divino fundamento del Universo.

En ese elevado sentido lo bueno es un criterio de la verdad; como lo bello es un criterio de la armonía y una revelación de aquella divina presencia en las cosas y los seres. En la visión del místico lo bueno es un superior criterio de verdad.

Cuando una vez se han sentido, sosteniéndolos por las espaldas las fuerzas de la Naturaleza, todas ellas divinas, os adelantáis con la majestad del que se sabe invencible e inconquistable. Vais con determinación y volerosamente a un fin, sin importaros el mundo, no porque le despreciéis, sino porque estáis seguros de que el hombre que esto ha sentido es superior a las muchedumbres. Se afirma entonces la verdad sin apelar al criterio de reducción al silogismo, sino invocando el de la verdad y el de la belleza a causa de la analogía que lo bello y lo bueno tienen con lo verdadero.

Sólo que el concepto de lo bueno y lo bello, como consecuencia de la más sencilla experiencia mística amplifica extraordinariamente. La Ética y la Estética del místico son tan diferentes de las de los hombres ordinarios.

La Unidad intrínseca del Universo, la sagrada presencia de lo divino en todo, el reconocimiento directo de lo que Emerson llamaba el Alma Suprema—Oversoul—sin otro testimonio que nuestra conciencia iluminada por la visión espiritual, permiten al místico llamar bueno, no tan solo a lo verdadero y lo bello sino cuanto despierta nuestras más elevadas emociones. Llama bueno aun cuanto nos acerca a la unidad intrínseca del Universo, a la realidad única en medio del océano de apariencias múltiples con que trabajan nuestros sentidos y nuestras ciencias.

(Continuará).

El misterio de la Individualización

Por **E. A. WODEHOUSE.**

Traducido por J. M. Lamy. M. S. T.

El lenguaje mecánico que hay que emplear necesariamente en muchas de nuestras enseñanzas Teosóficas, para explicarnos algo sobre materias que no hemos visto ni experimentado por nosotros mismos, es propenso a ser algo así como un problema de fórmulas algebraicas para la mayoría de nosotros, en lo que concierne a la vida íntima o a la realidad de las cosas así expresadas.

La Teosofía técnica, tal como nos la presentan aquellos que han desarrollado un orden superior de consciencia superfísica, nos da realmente solo una cosa que podemos percibir intelectualmente, y es un plan abstracto, o marco, en el que la relación de los hechos se presenta en su coordinación, los hechos mismos, los puntos convergentes o nudos de esta maraña de relaciones, que quedan necesariamente, en gran parte, fuera de nuestro alcance. Es bueno, por muchos motivos, que comprendamos esto lo más francamente posible, y debemos comprenderlo, no meramente como una condición de la mayor parte de nuestros conocimientos Teosóficos, sino como condición necesaria. Porque si así lo hacemos, dejaremos de pedirle a nuestros informantes que nos den lo que no está en sus facultades conceder. También puede inducirnos a buscar otras vías por nosotros mismos, en las cuales, por un poco de ingenuidad en la aplicación de métodos de interpretación más apropiados a nuestro estado de desarrollo, podemos leer en esas manifestaciones abstractas algún significado, aunque imperfecto, que corresponda con ideas y conceptos que estén ya a nuestro alcance.

Uno de los tópicos que algunas veces se le ha ocurrido al articulista que podría tratarse juiciosamente, es el de la individualización. Del lado externo o mecánico, el proceso, tal como se describe en los textos, es bastante fácil de seguirse, hasta cierto punto. La fisura o subdivisión del alma-grupo en unidades cada vez más pequeñas, cuando se le considera puramente como un proceso formal, está dentro de la región de lo comprensible, porque no difiere en modo alguno del procedimiento que todos podemos imitar en la práctica con una hoja de papel. Ni tampoco es más difícil de imaginar un punto en que deja de ser posible toda subdivisión cuando, en otras palabras, alcanzamos una "individualidad" en el sentido radical de algo indivisible. Pero en la vida, o sea en lo consciente, no creo que ninguno de nosotros, que no podemos realizar el hecho práctico oculto oculto de identificar nuestra conciencia con lo que está ocurriendo por dentro, puede

tener la menor idea de lo que se asemeja esta subdivisión gradual. Por ejemplo, es imposible para nosotros al presente, penetrar en la conciencia de un orden de vida inferior al nuestro, (a saber, en el reino animal), sin llevar el pensamiento y el sentimiento esencialmente humano, lo cual es inapropiado y confuso. Estando, como estamos todos nosotros en el lado de acá del momento definitivo de la individualización, no podemos distraernos así de lo que es después de todo la verdadera esencia, el manantial principal de nuestra vida como entidades conscientes, dejándonos llevar de la imaginación más allá de ese momento, y comprender lo que parece que va a individualizarse, y un miembro de un alma-grupo. Ni tampoco mecánicamente, se nos ha dicho nunca exactamente como labora el alma-grupo. ¿Es necesario, por ejemplo, que los miembros de semejante estado de conciencia estén en una proximidad física mayor o menor uno de otro?

¿Se mueren simultáneamente y de modo semejante, por algún impulso que venga de esa vida eclipsada? ¿Sentirían una afinidad mútua instintiva dos criaturas pertenecientes al mismo alma grupo, (aludo naturalmente, a los miembros más evolucionados del reino animal), y serían más pronunciados estos sentimientos de parentesco, si los hubiera, en los casos en que el alma-grupo los hubiese estrechado ya considerablemente? ¿Hay finalmente, alguna "conciencia-grupo" en esos planos, en el sentido de referirse a toda experiencia consciente, por la única criatura que lo efectuase, sobre algo que no sea ella misma, y a lo que vagamente ella se siente pertenecer?

Sobre esto y sobre un número de otras materias, somos completamente ignorados. Consecuentemente no tenemos medios de entrar en la conciencia de ninguna criatura en el momento de individualizarse y descubrir lo que este importantísimo y revolucionario cambio significa para él. Todo lo que podemos hacer, según creo, es examinar nuestra propia conciencia individualizada y tratar de extraer de ella, si podemos, aquel factor esencial en que sentimos que consiste su importancia transcendental, y reflexionar cómo la presencia o ausencia del factor puede concebirse que haga esa diferencia tan enorme, que según deducimos de nuestra literatura Teosófica, tiene que hacer. Pues, todo cuanto se nos ha enseñado tiende a demostrar que hay una diferencia incalculable.

De las fórmulas técnicas, únicas que tenemos a nuestra disposición sobre este asunto, aprendemos:

1º—Que en el momento de la individualización la Mónada, por primera vez, se enlaza definitivamente con la Personalidad.

2º—Que este eslabonamiento o enlace tiene el efecto de crear un vehículo enteramente nuevo aunque débil al principio, en la parte superior del plano mental.

3º—Que este vehículo permanece desde ese momento existiendo perpetuamente hasta un punto muy alto en la evolución, hasta que

ya no lo necesita, aunque puede volverse a crear instantáneamente, aun entonces, a voluntad.

4º—Que este vehículo en los planos mental o causal, no es el único que viene a la existencia, sino que trae con él, aunque en una forma más incipiente todavía, dos vehículos más de un orden más elevado aún; porque el Ego, formado así por primera vez, es una manifestación triple, que consiste, no de Manas simplemente, sino también de Buddhi y Atma.

Pero más sorprendente aún que este notable aparato de principios nuevos es el hecho que se nos ha dicho, de que, en el momento de la individualización, una ola de vida enteramente nueva del mismo Logos entra en fuego, más aún, que es realmente un nuevo aspecto del Logos que entra entonces en operación; aspecto este que no ha tomado parte previamente en la manifestación, como no sea para desempeñar precisamente este papel especial para otras entidades que evolucionan en un caso similar. El rasgo más prominente de este aspecto, es, por consiguiente, lo que la Teosofía identifica con la Primera Persona de la Trinidad, el Primer Logos —que en vez de laborar a través de los mundos manifestados en pulsaciones regulares, obedeciendo a ciertos grandes ritmos cósmicos, es llamado a la actividad en momentos accidentales, siempre que cualquiera criatura de esas esté preparada en alguna parte para la individualización. A nuestro poder limitado de concepción parecerá menos una ola que un relámpago repentino,—ya que el vocablo “ola” hace a nuestra mente la idea de un momento de consecuencia rítmica,—como si algo penetrando por la corteza extrema exterior de manifestación hacia el vacío, encontrase en el momento emergente un resplandor procedente de alguna cosa muy distante que se hallara en el centro oculto de aquel vacío;—como si el positivo y el negativo saltasen juntos como en un contacto eléctrico,—siendo el fenómeno así de polarización.

Cualquiera que sea la verdadera naturaleza del proceso conocido técnicamente por los términos “Primer Logos” y “Tercera Ola de Vida”, el hecho simple de ser este agente tremendo empleado por vez primera en el campo de la manifestación, es una indicación suficiente de incalculable importancia, de lo que acontece en el momento de la individualización. Es evidente que aquí hay una crisis de significación suprema, algo en sí mismo, que merece la intervención de una Fuerza Divina igual a la que en el caso de los otros dos aspectos y las otras dos Olas de Vida de la Divinidad se esparcen sobre toda el área de la manifestación. Voy a presentarlo en una forma más contundente. Tomemos un simple animal en el punto de separarse del alma-grupo, bajando sobre su humilde vida una expresión del Poder Divino, que normalmente demandaría todo un sistema mundial y períodos incalculables de tiempo para su operación. El efecto resultante de tal intervención debe ser medido, según imaginamos, con la grandeza del agente interventor. Lo que es otorgado a la entidad en este

momento supremo, tiene que ser seguramente cósmico, posiblemente absoluto, en su importancia.

Ahora bien, si volvemos a una descripción puramente mecánica del proceso, no hallamos ninguna indicación específica respecto a la naturaleza de este factor de incalculable importancia. Es verdad que el enlace de la Mónada con la Personalidad, debe significar mucho, infinitamente más, ciertamente que lo que nosotros, para quienes la palabra Mónada apenas es otra cosa que un simple rótulo, podemos comprender. Pero aún así, la evocación especial de un aspecto hasta ahora latente de la misma Divinidad parecería que implica algo todavía más trascendental. Una cosa sin embargo, que la descripción de la forma lo aclara mucho, es, que la concentración del alma-grupo en su punto final de subdivisión, (una unidad-alma para una criatura) sólo representa una parte subordinada en esta profunda transformación. Pues aunque cuando se llega a alcanzar esta última reducción, el fragmento del alma-grupo así aislado, está solo en la división inferior del plano mental. En otras palabras, la Individualidad no constituye en sí misma la Individualidad. Denota simplemente hablando de vehículos, (porque después de todo, el alma-grupo en su lado material no es más que un vehículo), que está preparada la vía para la individualización. Lo que ocurre después es lo más significativo—la llegada arriba, el resplandor abajo, y la creación de un eterno "Yo", que, en un momento, transporta a la criatura, así transformada, a un orden de existencia totalmente diferente.

Yo creo que debemos mirar al lado de la consciencia, si hemos de alcanzar alguna idea sobre el verdadero significado de la individualización, por ser el asunto uno de esos en que parece que la experiencia corriente puede en algunos sentidos decirnos más que la investigación superfísica objetiva. Quizás sea esto porque la transformación sea tan fundamental, que como tantas cosas fundamentales, resulta ser esencialmente simple. La vida, por ejemplo, es el mayor de todos los misterios; sin embargo, todos tenemos nuestra experiencia inmediata de ella, que nos dice más que cualquiera definición. Simultáneamente, este factor misterioso en la individualización, que le dá su enorme significado, puede ser algo que, como una materia de experiencia sentida, nos hace conscientes en cualquier momento de nuestra existencia como seres individualizados,—aunque, para entender todo su significado, debemos transportarnos, tan luego como lo descubrimos, al lado de la forma y considerarla desde afuera.

¿Qué es, pues, el hecho fundamental de nuestra conciencia humana, que nos distingue de los demás órdenes inferiores al humano? ¿No es que el sujeto que percibe, refleja y conoce, puede, por así decirlo, concentrarse en sí mismo y considerarse como un objeto? En términos lógicos, puede afirmarse en sí mismo. Es este el rasgo esencial que distingue la "propia-conciencia" de la simple conciencia. El hecho de que yo sea consciente de mí mismo, de que yo pueda pensar sobre mí mismo, hablar, hacerme un ob-

jeto de reflexión, previsión y memoria, me es tan familiar como la respiración, y sin embargo, considerado propiamente, es uno de los últimos misterios de la vida.

Por el momento, lo que nosotros nos preguntamos es: ¿Qué es este "Yo" que así puede sujetarme y vigilarme, cuando me sumerja en la profundidad del abismo de lo Desconocido? Para obtener un ligero destello de la verdad tenemos que apartar nuestra propia subjetividad y buscar alguna explicación en una vista extensa o formal del Universo. Intentemos esto, pues, ya que hay una razón para esperar que arroje alguna luz en lo que es, según lo que podemos ver, el misterio central de la Individualización. Aquí hallaremos el factor que fué de tan suprema significación, que se hizo necesaria una manifestación especial del mismo Dios para traerlo a la existencia.

Una de las distinciones más luminosas que la Teosofía con su admirable precisión, nos ha traído, es esa entre los modos Transcendente e Inmanente del Ser Divino. La distinción es tersa y simplemente expresada en un antiguo texto Hindu, que siempre se cita en estos casos: "*Habiendo penetrado todo este universo con un fragmento de mi mismo, permanezco*". Aplicando a cualquier Logos, o Guía de un Sistema mundial, puede interpretarse significando que una parte pequeña solamente de Su Divina Vida ha sido puesta por El en Su Sistema, para actuar como Fuerza creadora, vigorizante y sustentadora, mientras que una porción mayor de esa vida queda fuera y por encima de ese Sistema,—en un estado de no-manifestación en lo concerniente a ese Sistema. A la primera parte le damos el nombre de Dios Inmanente, y a la última, de Dios Transcendente. La distinción, en sus términos puramente formales, se explica por sí misma; así es que no hay necesidad de tratar más sobre esto.

Ahora, si nosotros transferimos el dualismo a un plano mucho más elevado,—como por ejemplo, el del Logos del Universo, o conjunto de sistemas,—debemos pensar que eso está ya probado, y concebir que sólo una parte de la Vida de aquel Logos mayor tendrá que ir a la creación y sostenimiento de tal Universo, mientras que una parte mucho mayor permanecerá fuera y por encima, Transcendente y no-manifestada. Y si hay un Ser todavía más poderoso como el Logos de un Universo de Universos, el mismo dualismo será aplicable aún en ese plano inconcebible.

Podemos concebirlo como una fórmula que abarque la totalidad de toda manifestación posible, teniendo como aplicación superior, el último dualismo de Un Transcendente y no-manifestado, Parabrahman, y esa porción Inmanente y manifiesta del Uno que es la Vida que anima y vigoriza todo el infinito de mundos y universos creados.

También percibimos que cada uno de los planos tiene relación en cierto punto con el plano superior que le sigue. Aquella parte de la Vida Divina del Logos de un Sistema Solar, por ejemplo de que se habla como Transcendente en relación a Su propio Sistema,

es al mismo tiempo parte de la Vida Divina Inmanente del Logos mayor del Universo al cual pertenece ese Sistema Solar. Semejantemente la Vida Transcendente del Logos de un Universo es en sí misma una parte de la Vida Inmanente del Guía de un Universo de Universos.

Así en cada plano hallamos al Transcendente en relación con lo que está debajo, visto como el Inmanente en relación con lo que está encima. No hay pues, Transcendencia absoluta, excepto la de Parabrahman, lo mismo que no hay Inmanencia absoluta, excepto debajo de cierto nivel que será mencionado dentro de un momento. Los términos son siempre relativos. ¿Cómo definiremos entonces, su relatividad. Una simple definición es imposible. Lo que más se aproxima es lo siguiente: que toda consciencia en cualquier plano puede ser considerada como "transcendente" a la area de su propia manifestación que puede contemplar como un objeto, y así tan esencialmente diferente de ella. Recíprocamente, debe mirársele como "inmanente" en relación a cualquiera consciencia más amplia y más inclusiva, que la mire, a su vez, como parte de su propia manifestación superior, y sin embargo, de un modo similar, como externa. No habrá así plano alguno (encima del punto a que aludía hace un momento donde principia la "inmanencia" absoluta) donde no hallemos alguna especie de "transcendencia", aun cuando, desde un punto de vista más alto, pueda ésta desaparecer y convertirse en "la inmanencia" de alguna consciencia mayor. Finalmente, debemos admitir el factor importante del crecimiento por largos años, y postular que el término "transcendencia" es así de movimiento constante. Debe concebirse como subiendo a un plano más alto con toda la extensión de propia manifestación que puede considerarse como objetiva y externa. En cada escalón debemos concebir que la consciencia no evolucionada se recoge en sí misma, y sin embargo, repudiándose como si no fuera ella misma, en una área mayor de manifestación, y al levantarse, con su atracción y repulsión, por encima del área su cuestión, llega a ser así "transcendente" a ella. Y el proceso debe continuar indefinidamente. Mirándola como una relación entre la conciencia y su propia manifestación, es la "transcendencia" un factor permanente en el desarrollo de la vida. La encontraremos en todos los planos, hasta que en la altura infinita de las alturas, llegue a ser aquella Suprema Transcendencia de lo Absoluto, a la cual la totalidad de la manifestación es El mismo, y sin embargo. "No Yo".

(Continuará).

